

# La normalidad

JAVIER ZARZALEJOS

Si, como parece probable, Mariano Rajoy tiene que asumir la dirección política del país, entre los objetivos que tiene ante sí adquiere mayor importancia aún el de preservar y fortalecer la normalidad institucional

**E**l camión de la mudanza en la puerta del 10 de Downing Street a la mañana siguiente de las elecciones perdidas por el primer ministro de turno simboliza la normalidad de la alternancia en una democracia parlamentaria. No hay en el relevo protocolo alguno, a pesar del cuidado ritual con el que la política británica señala los momentos que definen la vida de sus instituciones. Como apenas lo hay en el encargo que la reina hace al líder de la nueva mayoría cuya confianza le convierte en el nuevo jefe del Gobierno.

Este uso es un alegato discreto y silencioso a favor de la normalidad, la normalidad democrática de una sociedad que no necesita improvisar tradiciones ni tampoco ingeniar ceremonias. Nada supera en valor pedagógico, ninguna puesta en escena podría resultar más significativa que ese camión de mudanza.

La normalidad es precisamente lo que ha faltado en la convulsión política vivida por Grecia e Italia. Se han guardado las formas institucionales; es cierto que hay precedentes tecnocráticos y también se puede decir que al menos en Italia, la mayoría de los gobiernos han sido el resultado de continuas combinaciones de partidos –y de facciones de partidos– más que una decantación directa de las elecciones. Pero no parece que el forzado relevo de Berlusconi pueda equipararse a otros episodios del pasado en apariencia similares. Llama la atención el contento de la izquierda que en otras circunstancias habría clamado contra la interferencia de los mercados como instigadores del cambio político, una interferencia agravada por el hecho de que el recambio sea un gobierno de tecnócratas cuyo crédito inicial radica en que no son políticos. Por desagradable que fuera la presencia de Silvio Berlusconi al frente del Gobierno italiano, por cuestionable que resultara su propia línea de conducta personal, no parece que la solución protagonizada por el nuevo equipo de tecnócratas contribuya a enjugar el «déficit democrático» del que ya la Unión Europea ni se acuerda, ni hay por qué creer que precisamente el hecho de que los nuevos ministros no sean políticos constituya por sí mismo un activo que anticipe su éxito.

En medio de tanta inquietud, ante un entorno tan problemático, el desarrollo normal de un proceso electoral como el nuestro –que, además, anticipa un importante cambio político– es un motivo de satisfacción al que volverse. Ganamos en la comparación y esa ventaja hay que mantenerla. Por paradójico que parezca, La extensión del discurso de la antipolítica convierte a indignados y tecnócratas en caras de la misma moneda: la descalificación más o menos elegante de los

procesos deliberativos de la democracia representativa que tendrían que ser sustituidos ya sea por alegres asambleas callejeras ya sea por asépticas decisiones de los expertos. Porque la capacidad técnica es elogiada y necesaria pero no la demonización de la política como un mal a evitar.

Formular serias reservas hacia esa pretendida infalibilidad de la tecnocracia no debe confundirse con un elogio de la incompetencia. Tampoco el carácter esencialmente incierto de la política justifica cualquier disparate cometido en su nombre. Significa afianzar la normalidad del funcionamiento de las instituciones cuando mayor tiene que ser su rendimiento, como es el caso de la situación que atravesamos.

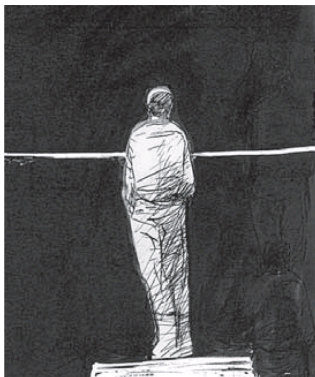
Precisamente por esta necesidad de afirmar la normalidad del funcionamiento institucional de nuestro sistema democrático, ha sido muy poco afortunada la referencia a lo que ha pasado con Berlusconi que un candidato lastrado por sondeos muy adversos hizo ante los suyos para ilustrarles sobre la rapidez con que pueden cambiar las cosas en política.

Berlusconi, ni él ni su salida del Gobierno, puede ni debe ser precedente, ejemplo ni espejo de nada y nadie debería fantasear con un escenario de desestabilización por muy tecnocrática que sea.

Si, como parece probable, Mariano Rajoy tiene que asumir la dirección política del país, entre los objetivos que tiene ante sí adquiere mayor importancia aun el de preservar y fortalecer la normalidad institucional.

Es curioso que cuando las encuestas permiten augurar un Gobierno con mayoría suficiente y estable para cumplir sus responsabilidades sin hipotecas añadidas, se escuchan propuestas y preocupaciones que parecen empeñadas en distorsionar la normalidad de la alternancia. Unos hablan de un «Gobierno de concentración» que nunca se ha dado ni en los peores momentos desde el inicio de la Transición. Otros reclaman que se les reconozca la influencia a la que creen tener derecho al margen de los resultados y de las mayorías. Por último, los hay que se muestran muy preocupados por el futuro del Partido Socialista dadas sus malas expectativas electorales, en una extraña advertencia que dirigen al PP como si el PP pudiera o debiera remediarlo.

La alternancia probable ofrece una gran oportunidad de normalidad institucional. Mariano Rajoy ha insistido en que al primero que llamará será al líder de la oposición, reconociéndolo como interlocutor primordial. A partir de ahí, hay que esperar voluntad de acuerdos, esfuerzo de inclusión y una seria propuesta de prioridades que permita convocar a todos en torno a objetivos con los que nos podamos identificar colectivamente. Desde la normalidad de las instituciones, no en defecto de ella.



... JOSÉ IBARROLA